

LUNA PAREDES



DALE *a la* LENGUA

Trucos para hablar y escribir bien


ESPASA

LUNA PAREDES

DALE A LA LENGUA

Trucos para hablar y escribir bien

Prólogo de Isaías Lafuente

Epílogo de Pilar García Mouton



© Luna Paredes Zurdo, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Collage de la cubierta: © Peti Collage
Fotografía de la autora: © Moi Fernández

ISBN: 978-84-670-7124-5
Depósito legal: B. 17.430-2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Black Print



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Isaías Lafuente	13
INTRODUCCIÓN	17
1. MENOS QUE PALABRAS: LAS LETRAS	21
1.1 SOMOS VEINTISIETE (AHORA)	21
1.2 <i>CHE</i> , NO ME RAYES	26
1.3 NUESTRA <i>EÑE</i>	31
1.4 UNA LETRA MUDA	34
1.5 <i>BE</i> Y <i>UVE</i> : UNA CUESTIÓN DE FORMA	39
1.6 ATENCIÓN, <i>ATENSIÓN</i>	44
1.7 QUE ME LÍO. YA ME LIE	49
1.8 SÍ-LA-BA	54
1.9 LETRAS, CON MAYÚSCULAS	57
1.10 LAS LETRAS SUENAN	62
2. LAS PALABRAS	69
2.1 LA TILDE Y EL ACENTO	69
2.2 SOLO MONOSÍLABOS	74
2.3 EL GÉNERO, LA GÉNERA	78
2.4 LAS MUJERES TRABAJAN	83
2.5 PLURALIDAD, ANTE TODO	87
2.6 VIVA LA <i>PIZZA</i>	92
2.7 UNA LENGUA <i>CUM LAUDE</i>	97

2.8	DE (IM)PROPIEDAD PÚBLICA	102
2.9	PALABRAS Y <i>PALABROS</i>	107
2.10	DIME TU NOMBRE	112
3.	CON LAS PALABRAS: ESTRUCTURAS	117
3.1	JUNTAS Y SEPARADAS	117
3.2	REDUNDANTEMENTE REDUNDANTES	122
3.3	DETRÁS DE MÍ	127
3.4	¿QUÉ <i>LA PASA</i> ?	131
3.5	DEBER Y DEBER DE: HAGAMOS LOS DEBERES ...	137
3.6	QUÉ DE QUÉ, DEQUEQUÉ	142
3.7	Y TÚ <i>CONTESTASTES</i> QUE NO	146
3.8	HAY MUCHOS PROBLEMAS	152
3.9	HABLANDO, QUE ES GERUNDIO	156
3.10	<i>HEY, HO, LET'S GO!</i>	163
4.	ENTRE LAS PALABRAS: SIGNOS Y SÍMBO- LOS	169
4.1	NO TE COMAS LAS COMAS	169
4.2	Y PUNTO	175
4.3	CARITAS Y GUIÑOS	180
4.4	¿¡CÓMO...!?	185
4.5	ENTRE PARÉNTESIS	190
4.6	ABRO COMILLAS	195
4.7	ABREVTURS.	200
4.8	EEUS (ESTO ES UNA SIGLA)	206
4.9	SÍMBOLOS	211
4.10	CIFRAS Y LETRAS	215
5.	MÁS QUE PALABRAS: LA COMUNICACIÓN	221
5.1	CÓMO NOS COMUNICAMOS	221
5.2	TÚ SABER GRAMÁTICA	227
5.3	MAGIA CON LA LENGUA	231
5.4	EL TEXTO ESCRITO	236
5.5	RESALTANDO SIN PARAR	243
5.6	CURSIVA	247

ÍNDICE	11
5.7 REvisa y corrige	253
5.8 Gestitos	257
5.9 Los señores de la RAE	263
5.10 Ni lo duces	269
EPÍLOGO, por Pilar García Mouton	275
ÍNDICE DE MATERIAS Y TEMAS	277

1

MENOS QUE PALABRAS: LAS LETRAS

1.1 SOMOS VEINTISIETE (AHORA)

Las letras. Esos palitos y esas curvitas que son la base de todo este tinglado que hemos montado al que llamamos escritura. Qué importantes son nuestras letras. Y qué poco caso les hacemos, precisamente porque siempre están ahí. No quisiera yo hacer comparaciones con familiares y amigos, pero... ups. Hecha la comparación. Vaya. Así que aquí vamos a reivindicarlas y a dedicarles unas páginas.

Nuestras letras tienen, casi todas, el mismo origen: el latín. Los romanos crearon unas grafías que seguimos usando hoy. Para ser exactos, crearon unas grafías en mayúsculas: las minúsculas llegarían mucho después; pero de esto hablamos en el capítulo 1.8. El caso es que esa combinación de curvas y rectas es la que configura nuestro alfabeto. O, más concretamente, nuestro abecedario. Sí, son casi sinónimos: el alfabeto toma su nombre de las letras griegas *alfa* y *beta*, las dos que encabezan la lista; el abecedario, de las letras *a*, *b*, *c* y *d*. Así que, aunque podamos usar los dos nombres, es más preciso llamar abecedario a esa lista de nuestras letras. Esas que nos miran quietas y colocaditas cada una en su posición.

Porque las letras son las que componen ese abecedario, las que conforman esa lista. No las que salen por nuestra boca: esos son los sonidos. Ocurre que, en castellano, casi todas las letras se

corresponden con un único sonido. Bueno, menos la *hache*. Y la *ce*, que a veces comparte sonido con la *ka*. Ah, y con la *q*, es verdad. Ah. Sí, claro, y la *equis* es una letra, pero son dos sonidos. Uy, y la *che* es justo lo contrario. Ah, es verdad, la *r* puede sonar de dos maneras. Vale, vale, tranquilas, letras, tenéis razón: no es verdad que cada una de vosotras equivalga a un sonido. Vale. Pero no queráis contarlos todo ya. De momento, no confundamos términos: a las letras se les llama también *grafemas*, palabra formada por oposición a *fonemas*. Los fonemas, con ese elemento compositivo *fono-*, se refieren al sonido, y los grafemas, de *grafo-*, a la escritura. A la grafía. Del sonido hablamos más en el capítulo 1.10.

Así que un grafema, sinónimo de *letra*, es una ‘unidad mínima distintiva en el plano de la escritura’. Es mínima porque más pequeño no hay nada: en nada más se puede dividir la palabra. Y es distintiva porque es capaz de diferenciar palabras. Por ejemplo, *vaca* y *baca*. Porque uno puede poner a la *vaca* encima de la *baca*, pero si el coche se vuelca se caen las dos... las dos... esto... las dos... A ver, ¿cómo lo escribirías? Imposible, ¿verdad? Claro: se puede pronunciar (con fonemas o sonidos), pero no escribir (con grafemas o letras), porque cada letra es distintiva. Y, por último, la escritura es secuencial: las letras se colocan una detrás de la otra, no se amontonan encima ni debajo ni una sobre otra.

Y en orden, seguiditas, también se disponen, como colegiales en una fila, para formar nuestro abecedario. ¿Te has preguntado alguna vez por qué siguen ese orden y no otro? No, no creo que la mejor amiga de la *a* sea la *be* y se hayan puesto juntas para poder contarse sus cosas. Bueno, o tal vez sí, la verdad es que no lo sabemos del todo. Porque veintiuna de ellas ya nos llegaron ordenadas así. En latín había solo veintiún grafemas y se colocaban de esta manera: A B C D E F G H I K L M N O P Q R S T V X.

Más adelante, poco a poco, fueron incorporándose nuevas amigas. De esas que se cambian de cole o llegan de fuera y se las mete en una clase con el resto. Las nuevas. Sabes de lo que hablo, ¿no? Esas que al principio son distintas pero que cuando acaba el

curso escolar ya están integradísimas con el resto. Pues eso ocurrió con las seis letras que los latinos no incluían en su abecedario. Ahora ninguna nos llama la atención, y decimos de seguido la serie, como un mantra, pero alguna de esas letras es muy muy nueva. Llegó hace nada a la clase. Una, concretamente, en 1969. ¡Hace tres días!

Pero no adelantemos acontecimientos y empecemos por el principio. De las veintiuna letras del abecedario latino, tres de ellas compartían sonido. Sí, lo has adivinado, porque sigue sucediendo hoy. La *c*, la *k* y la *q*. Y dirás que vaya tontería. Que para qué tres letras con un mismo sonido. Que nos hubiéramos ahorrado memorizar muchas reglas si se hubiera quitado, por ejemplo, la *q*. Ya. Pero es tan mona ella, con su palito... Tanto en la mayúscula como en la minúscula, ¿eh? Y eso debieron de pensar los romanos para no eliminarla. Así que la mantuvieron solo para usarla ante la vocal *u*, en palabras como *quid*. Ese es el *quid* de la cuestión: que quedó así y por eso las usamos hoy con esa *u* antes de *i* y antes de *e*. En el resto de casos (como *quattuor*), el castellano se despidió de esta letra para apostar por la *c* (y por eso escribimos *cuatro*).

La *ce*, por su parte, se pronunciaba como la *ka* siempre. Siempre... O, mejor dicho, al inicio del latín. Luego, su sonido fue relajándose y convirtiéndose, en algunos casos, en ese que comparte con la *zeta* (de esto hablamos en el capítulo 1.6). De momento nos quedamos con que la *ce*, en latín, sonaba como una *ka*. Y es que la *K* era un grafema etrusco. Sí: nuestro abecedario no es cien por cien latino. No es puro. La mezcla existe desde el inicio de los tiempos, y las letras no son una excepción. Los etruscos tenían su propio idioma y los romanos tomaron lo que les interesaba de él. Y la *k* fue una de esas cosas. El uso, sin embargo, de esta letra, quedaba relegado a su unión con la *a*. Los latinos, al principio, escribían palabras como *kapra*.

Pero la *ce* es una letra muy proactiva, ¿sabes? Muy fácil de escribir, muy sencilla, muy efectiva, muy resolutive ella. Y a los romanos les resultaba menos exótica, más «suya» que la *k*. Así que poco a poco fue ganando terreno y ocupando el lugar de la *k*, y

empezó a colocarse junto a cualquier vocal, menos la *u* (que seguía siendo la mejor amiga de la *q*): *capra*, *cera*, *circus*, *cor*... La *k* no quiso desaparecer, y quedó para palabras arcaicas. Palabras arcaicas para los latinos, que hoy son arcaicas para nosotros, ¡imagina lo arcaicas que debían ser esas palabras! Menos mal que la *k* no desapareció. A ver si no cómo íbamos a regular nuestra función intestinal. ¿Con *ivi*?

Un tiempo más tarde, durante los siglos II y I a. C., se unieron al club las letras *y* y *z*. Eran letras griegas (de ahí que a la primera la llamásemos *i griega*) y necesarias para transcribir determinadas palabras de esta lengua que tanto influyó en los romanos. Así que, sin más, se incorporaron a la lista. Y se pusieron las últimas de la fila porque... bueno... porque habían llegado las últimas. ¿Qué esperabas? ¿Grandes explicaciones metafísicas y psicológicas, incluso estéticas o pictóricas, sobre el orden de las letras? Siento decepcionarte. A veces las cosas son así de sencillas: son las últimas porque llegaron después. Punto.

Las letras *c*, *k* y *q* eran tres para un mismo sonido, ¿no? Pues había otras tres letras que, al contrario que estas, tenían superpoderes y una sola grafía servía para varios sonidos. La primera de ellas es la *x*, que en su origen sonaba como la pronunciamos hoy: /ks/. En la Edad Media el fonema se modificó en algunos sitios, tomando un sonido aspirado similar a la secuencia /sh/ o a una *jota* muy suave. Por eso *México* lo escribimos con *equis*. La Academia fijó de nuevo el sonido /ks/ para esta letra en 1815.

Las otras dos letras con superpoderes son la *j* y la *u*. ¿No las habías echado en falta en la lista del abecedario? Pues es que estas dos no aparecieron hasta los siglos XVI y XVII. Las letras, me refiero, porque los sonidos sí que existían. Las dos tenían valor vocálico y consonántico, en función de qué las siguiera. ¿No te has fijado en los letreros de los monumentos clásicos? ¡No hay *úes*! Y no, no es una elección estética: es que los romanos no necesitaban escribir la *u* para entenderse. Pero nosotros ya sí, y por eso hicimos una letra parecida a la *uve*, pero con un trazo más curvo. Y alargamos hacia abajo la *i*, con un trazo también curvo,

para formar esa *jota*. Y, claro, el puntito se lo dejamos para no olvidarnos de su origen (aunque tengo que contarte que al inicio estas letras no tenían puntos: se les añadieron más tarde para hacerlas más reconocibles). Y su nombre viene de la letra griega *iota*. Y ¿quieres saber por qué ocupa cada una el lugar que ocupa en el abecedario? El motivo vuelve a ser sencillo: se optó por la secuencia vocal-consonante. Por eso la *j* sigue a la *i* y la *u* precede a la *v*.

Y no nos alejemos demasiado de la *uve*. De hecho, hablemos de ella. Hablemos mucho de ella. Hasta que la veamos doble. Exacto: le toca el turno a la *uve doble*. Su nombre no puede ser más preciso: es una uve doble. O una doble uve, como prefieras. Esta letra apareció en época medieval para poder transcribir términos germánicos. Y su sonido ha ido variando con el tiempo: a veces nos ha sonado a *uve* y a veces nos ha sonado a /gu/. Por eso no vamos al *guáter* sino al *váter* (de hecho, ya lo escribimos con *uve* inicial; hemos perdido la *w*) y no visitamos páginas *veb* sino *web*. A pesar de que apareció en el medievo, su inclusión en el abecedario es tardísima: ¡en 1969! Cuánto tiempo después, ¿eh? Cuánto nos pensamos las cosas, ¿eh?

Y con esto ya tendríamos el abecedario completo. ¡Que no! ¡Ya sé que no! Pero hablar de la *hache* o de la *eñe* nos llevaría mucho tiempo así que no podemos alargarnos... ¿Cómo dices? ¿Que cómo no vamos a hablar de nuestra letra más representativa? ¿En un libro de castellano? Tienes razón. Vamos a dedicarle un capítulo entero a esta letra. Y otro la *hache*, que siempre está calladita, pero tiene mucho que contar. Y sí, de acuerdo, hablaremos también de por qué la *ce* suena a *ce* (¿o a *ese*?). Y de por qué la *be* y la *uve* ya suenan igual. Y, claro, también sonaban igual la *ye* y la *elle*, pero esta última ya no aparece en el abecedario. Ni la *che*.

Vale, vale. Vamos a pararnos aquí y a hablar de todo esto, que nuestras letras lo merecen. Que para eso están siempre ahí. Pero siempre. En cada cosa que escribimos. En lo bueno y en lo malo. No quisiera yo hacer comparaciones con familiares y amigos, pero... ups.

1.2 CHE, NO ME RAYES

La *che* o la *elle* se consideraban letras hasta 2010.

Sí, aunque algunos las sigan cantando al repasar el abecedario, llevamos ya más de una década sin ellas en la lista. Así que no te rayes, y no las digas.

En 2010, la publicación de la *Ortografía de la lengua española* académica las descartó del abecedario, porque ninguna de las dos son realmente letras, sino dígrafos. Y no hay otra lengua similar al castellano, de escritura alfabética, que incluya dígrafos en su abecedario. Se trata, por tanto, de una simplificación lógica.

Pero te diré más: es que *ch* y *ll* no son los únicos dígrafos que tenemos en español. ¡Pero solo ellos aparecían en el abecedario! No tiene mucho sentido esa discriminación hacia el dígrafo *gu* (como en *guerra*), el dígrafo *qu* (como en *queso*) o el dígrafo *rr* (como en *perro*), ¿verdad?

Y también tenemos secuencias como *sh* (*show*, *sushi*), *ck* (*hockey*, *rock*), *ph* (*Philips*, *Raphael*), *th* (*pathos*) o *zz* (*pizza*, *paparazzi*). La *Ortografía* académica no las señala como dígrafos porque se trata de secuencias que provienen de extranjerismos o cultismos, o que corresponden a nombres propios. Sin embargo, está bien que sepas que esto de los dígrafos no solo ocurre en español: en muchas otras lenguas dos letras combinadas forman un solo sonido, y en algunos casos los hablantes hispanos lo hemos adquirido.

Los dígrafos, por tanto, son secuencias de dos letras que representan un único sonido. Por este motivo no pueden separarse a final de renglón: si llegamos al final de la línea con una palabra como *caballo*, solo podremos dividirla como *ca-ballo* o *caba-llo*, con el dígrafo siempre unido.

Al no ser letras, es decir, signos simples, los dígrafos no se incluyen en el abecedario; pero eso no significa que hayan desaparecido del español, ¿eh? Siguen existiendo palabras como *albergue*, *carro*, *chollo*, *chuche*, *correa*, *higuera*, *guisar* o *paella*. Faltaría más. Las podemos escribir y pronunciar sin problema.

Lo que no existen son las secuencias *ch* o *ll* consideradas como una letra, y por eso ahora las palabras que empiezan por *ch*

se ordenan dentro del apartado de la *c* en los diccionarios, tras las que empiezan por *ce-*; y en el apartado de la *l* los términos que comienzan por *ll-*, después de los que empiezan por *li-*. Hace tiempo, los dígrafos también tenían su hueco en los diccionarios, pero ya no. Porque no son letras. Y por eso mismo, solo la primera de las dos que forman el dígrafo se escribe con mayúscula cuando es necesario, como en el nombre propio *Chema*.

Empecemos hablando de esta secuencia: de *ch*.

El dígrafo *ch* apareció para transcribir un sonido que no existía en latín clásico. En nuestra lengua madre, al inicio, la *c* sonaba siempre como una *k*, se uniera a la vocal que se uniera. En latín tardío, sin embargo, la secuencia *c + e* o *i* empezó a sonar más o menos como /ch/. Se empezó a generar un nuevo sonido. Por eso en italiano *ciao* ('hola' o 'adiós') no se pronuncia /kiáo/, ni *certo* se dice /kérto/. Porque se generó ese nuevo sonido, que los latinos no tenían. La *c* se empezó a palatalizar.

¿Palatali... qué?

No te asustes, que te lo explico.

Un sonido es palatal cuando, para articularlo, apoyamos la parte de arriba de la lengua en el paladar. Hazlo y lo comprobarás: di en voz alta la palabra *chica*, por ejemplo. ¿Te das cuenta de lo que hace la lengua cuando pronuncias *ch*? Choca contra el paladar para que podamos pronunciar el sonido que asociamos al dígrafo *ch*. Hablamos un poquito más en el capítulo 1.10 de lo que hacemos al articular los sonidos en español.

Y ahora pronuncia la palabra *lluvia*. ¿A que la lengua vuelve a apoyarse sobre el paladar? La articulación de *ll* y de *ch* es diferente, pero los dos son sonidos consonánticos palatales. Prueba, prueba. Otra palatal. Y ahora di *yegua*. ¡Pasa lo mismo!



En español optamos por las secuencias *c+h* y *l+l*, pero otros idiomas encontraron distintas soluciones gráficas. Por ejem-

plo, en italiano la *c* unida a las vocales *e* o *i* suena más o menos como nuestra *ch*: *ciarlare* es ‘charlar’. Y la secuencia *gl* es equivalente a nuestra *ll*: *bottiglia* es ‘botella’.

Aunque a veces coincida, la equivalencia no siempre es perfecta, porque hay muchos factores que influyen en la evolución de las palabras. Por ejemplo, los italianos llaman *aglio* a lo que los hispanohablantes nombramos como *ajo*.

Hablemos ahora de *ll* y, de paso, también de la *y*.

El dígrafo *ll* y la letra *y*, cuando tiene valor consonántico, representan en la escritura el mismo sonido: /y/. Ya casi nadie pronuncia la antigua *elle*, aunque es cierto que en algunas zonas de Cataluña, de los Andes o de Paraguay se conserva este sonido, ya que también existe en catalán, quechua o guaraní. Durante mucho tiempo se intentó salvar la *elle*, insistiendo en su correcta pronunciación: para efectuarla hay que apoyar la lengua en el paladar y dejar que el aire salga por un lado o por los dos.

Sin embargo, la semejanza con el sonido /y/ es tan evidente que este empezó a ocupar los lugares en los que aparecían tanto la *y* como el dígrafo *ll*. Porque suenan casi igual. Y, además, la *y* es más fácil de ejecutar: la lengua se apoya en el paladar y el aire sale por el centro. Es mucho más relajada esta articulación, y eso facilitó que se extendiera el yeísmo en español. Y es un fenómeno que hoy está aceptado. De hecho, lo que nos suena anticuado es el otro sonido.



La *y* también tiene valor vocálico en palabras como *buey*, *Goytísolo*, *Guaymas*, *hoy* o *rey*. Cuando se comporta como una vocal debe llevar tilde si es necesario: *Aýna* o *Ýñigo*.

Por otro lado, la secuencia *hie-* tiende a pronunciarse como *ye-*, y eso se refleja en palabras que admiten las dos grafías: *hiedra-yedra* o *hierba-yerba*.

El yeísmo, por tanto, es un caso de confluencia de sonidos, y surgió para hacernos la vida más fácil. Y triunfó en todos los territorios a los que ha ido llegando. Aunque tengo que decirte que no siempre se articula del mismo modo. Si eres rioplatense sabrás que en una frase como *yo ya te dije que llovería* suena más o menos como esto: *sho sha te dije que shovería*. O en la región española de La Rioja suena más o menos como una *i*: *io ia te dije que iovería*. Son peculiaridades territoriales, y distintas formas de yeísmo. Incluso en algunas zonas, cuando aparece la secuencia /iy/, acaba perdiéndose el sonido /y/: en México, algunos hablantes pronuncian como /mantekía/ la palabra *mantequilla*.

Hablemos del nombre de la *ye*. Porque seguramente tú lo sigas nombrando como *i griega*, ¿verdad? Bueno, tiene sentido: llevamos toda la vida llamando así a esa letra. Y es un nombre bonito, porque recuerda su origen. Como te cuento en el capítulo 1.1, esta letra no existía en latín, y se tomó prestada del griego. De ahí su nombre. Sin embargo, en 1869 la Academia propuso llamarla *ye* para seguir el modelo de casi todas las demás letras, que se acompañan de una o dos letras *e* para nombrarse: *be, ce, de, eme, ele, eñe*. O sea que llevamos ya unos añitos con esa propuesta, pero no le hicimos demasiado caso hasta ahora, cuando la *Ortografía* académica de 2010 recuperó la propuesta. Se trata de unificar y simplificar criterios, y la *i griega* era una excepción. (Sin embargo, y por distintas razones, la *hache*, la *jota*, la *equis*, la *uve* y la *uve doble* se mantienen con estos nombres. Siempre hay excepciones). Por esto mismo, también se recomienda que la *i* se llame solo *i*, y no *i latina*.

Con respecto a la ortografía, lo cierto es que el yeísmo provoca algunas confusiones entre *ll* y *y*, y para resolverlas lo más fácil y rápido es acudir al diccionario y comprobar cómo se escriben las palabras. Porque no es lo mismo *pulla* ('dicho con que indirectamente se humilla a alguien' y 'expresión aguda y picante dicha con prontitud') que *puya* (que es una punta de acero o un objeto de punta afilada). O *valla* (cuando hablamos del vallado) y *vaya* (cuando se trata de la interjección o del verbo *ir*). O *halla* (del verbo *hallar*, 'encontrar') que *haya* (el árbol). O *rallar* ('desmenuzar con el rallador') que *rayar* ('hacer rayas' y 'estropear', como

sucede a veces con los vinilos de música, de ahí que haya adquirido coloquialmente el sentido de ‘volver loco, enfadar, fastidiar’). Así que no te rayes, y escribe *ye* en esa expresión.

Hay algunas palabras que se pueden escribir de las dos maneras: *chamullar* (escritura preferida en España) y *chamuyar* (así se prefiere en América), que significa ‘hablar’ y tiene origen caló. O *falluca* y *fayuca*, que en México es sinónimo de ‘contrabando’.

Al margen de estas palabras, sí hay algunas claves para saber cuándo debemos escribir *ll* y cuándo, *y*. Te doy una tabla con un resumen de las normas académicas.

CON LL	CON Y
Palabras que empiezan por <i>fa-</i> , <i>fo-</i> , <i>fu-</i> : <i>fallar</i> , <i>folleto</i> , <i>fulla</i> .	Tras los prefijos <i>ad-</i> , <i>des-</i> , <i>dis-</i> , <i>sub-</i> : <i>adyacente</i> , <i>desyemar</i> , <i>disyuntiva</i> , <i>subyacer</i> .
Palabras que terminan por <i>-illa</i> , <i>-illo</i> : <i>hebillar</i> , <i>anillo</i> .	En palabras con la sílaba <i>-yec</i> : <i>inyectar</i> , <i>proyecto</i> .
Palabras que terminan por <i>-ella</i> , <i>-ello</i> : <i>estrella</i> , <i>destello</i> .	En palabras con la sílaba <i>-yer</i> : <i>yerma</i> , <i>yerno</i> .
Verbos que terminan por <i>-ellar</i> , <i>-illar</i> , <i>-ullar</i> y <i>-ullir</i> : <i>sellar</i> , <i>chillar</i> , <i>arrullar</i> , <i>engullir</i> .	

Sigamos con el resto de dígrafos porque, aunque nunca hayan aparecido en el abecedario, recordemos que existen también las formas *qu* y *gu*, así como *rr*.

Como cuento en el capítulo 1.1, la *q* se unió a la *u* en latín para representar la secuencia sonora /ku/. Al principio esta secuencia se usaba con cualquier vocal detrás (*quasi*, *quid*, *quorum*). En los inicios del castellano, sin embargo, la *q* se empezó a sustituir por una *c* ante las vocales *a*, *e* y *o*: *cuatro*, *cuenta*, *cuota*. Ante las vocales *e* e *i* se mantuvo ese dígrafo *qu*, y la *u* empezó a perder su sonido. Por eso hoy *quedada* se pronuncia como /kedada/ o *quiosco* como /kiosco/.

Por su parte, la letra latina *g* sonaba siempre igual en latín, se uniera a la consonante o vocal a la que se uniera. En castellano, sin embargo, comenzó a sonar como una *j* ante *e* e *i*. (Estas vocales siempre están generando excepciones; hay que ver). La solución fue imitar el modelo de *qu* y colocar una *u* antes estas dos vocales para reproducir el sonido *g*: *guepardo*, *higuera*, *guirnalda* o *guisante*. Si queremos que la *u* suene, entonces debemos marcarlo con la diéresis (un ejemplo de que el castellano es un idioma facilitador [hablamos de esta idea en el capítulo 1.10]): *cigüeña* o *güito*.

Por último, el dígrafo *rr* sirve para marcar una pronunciación fuerte, frente a la débil que puede tener la aparición de una sola *r*. Digo «que puede tener» porque, como sabes, si una *r* sola aparece al comienzo de palabra o al inicio de sílaba tras ciertas consonantes (como *l*, *n* o *s*) siempre suena fuerte: *rosa*, *alrededor*, *Enrique*, *israelí*. Este dígrafo, por tanto, lo usamos entre vocales para marcar ese sonido fuerte, múltiple, que tiene la *r* a veces: *arroz*, *barrera*, *sierra*. Y, como sabes, esta letra tiene un sonido débil en ejemplos como *arándano*, *arena* o *tarde*. Así pues, el dígrafo nos ayuda a comprender cómo debemos pronunciar las palabras.



En conclusión, los dígrafos son secuencias de letras a las que corresponde un único sonido. Como no son letras, signos simples, no se incluyen ya en el abecedario. Pero existen y nos ayudan a comprender cómo tenemos que reproducir verbalmente lo que vemos por escrito.

Y también nos permiten a jugar a ser marineros, ¡*arrr!* Y a hablar como *pachachos*. Ah, y a comer mucho *queso*. Y a pasar al capítulo *siguiente*. Mira tú si son útiles.

1.3 NUESTRA EÑE

Qué haríamos sin nuestra *eñe*.

Sin ella no podríamos hablar español. Ni cumplir años. Ni comportarnos como niños. Ni abrigarnos en otoño. Ni usar el

baño. Ni hacernos moños. Ni comer jalapeños. Ni escalar montañas. Ni pensar en el mañana. Ni tener cuñados (ojo, que hay quien se alegraría de esto).

Hay muchas palabras que contienen esta letra.

Si has leído el capítulo 1.1 ya sabes que los romanos no incluyeron la *ñ* en su abecedario. No existía. No existía la letra porque el sonido tampoco existía: como ocurría con los dígrafos *ch* y *ll* (de los que hablamos en el capítulo 1.2), la *ñ* tiene un sonido palatal. Y las consonantes palatales no existían en latín.

Prueba. Di en voz alta la palabra *piña*. Fíjate en lo que hace la lengua: se apoya en el paladar para reproducir el sonido que asociamos a la grafía *ñ*. En concreto, apoyamos la parte central de la lengua en la parte delantera del paladar.

El latín clásico no tenía sonidos palatales, pero sus hijas, que son las lenguas romances, sí los presentan (sus hijas y otras lenguas con orígenes diferentes, pero tampoco vamos a hablar de todas ellas, porque si no este libro se tendría que haber titulado *Dale a las lenguas*). La *ch* y la *ll* son ejemplos de ello, y exactamente lo mismo sucede con la *ñ*. Se trata de una evolución lingüística. Y cada lengua ha optado por un recurso gráfico propio para representar esos sonidos. En catalán tienen la secuencia *ny* (*espanyol*), en francés o italiano escriben *gn* (*espagnol* y *spagnolo*) o en portugués es *nh* (*espanhol*). El castellano, el euskera, el gallego, el quechua, el guaraní o el filipino, entre otras, sí tienen esta grafía.

Y el origen de la *ñ* es muy curioso: viene de una abreviatura.

Para que luego digan que abreviar es cosa «de los jóvenes de ahora» (en el capítulo 4.7 desmontamos esa teoría: hemos abreviado siempre, desde el inicio de la escritura).

La *ñ* viene de la *ene* geminada. Es decir, de la secuencia de dos enes seguidas en latín. Por ejemplo, la palabra latina *annus* tiene dos enes seguidas. En el medievo, en los monasterios, los monjes escribanos empezaron a abreviar esta secuencia colocando una sobre la otra, para ahorrar espacio. La de arriba empezó a relajar su forma y a convertirse en ese trazo ondulado, que se llama tilde o virgulilla. Paulatinamente, esa abreviatura empezó

a pronunciarse de otra manera: ya no sonaba a dos *enes*, como en latín, sino a algo diferente. A ese sonido palatal que ya conoces. Y de ahí que la palabra *annus* diera lugar en castellano a *año*.

La abreviatura fue extendiéndose tanto que terminó por convertirse en una letra. Claro. Tiene sentido: es que ya equivalía a un sonido propio. Pero no entró en el diccionario de la Academia hasta 1803. Y la colocamos después de la *n* porque esa es su letra de origen. Pero fíjate: ¡en 1803! ¡En el siglo XIX! ¡Nos costó bastante tiempo hacerle su huequito en nuestro abecedario!

Y, encima, un siglo y pico después, estuvo a punto de desaparecer.

Imagínate, la pobre *ñ*, cómo lloraba. Dale un pañuelo.

Bueno, he exagerado un poco, lo admito.

Estuvo a punto de desaparecer solo de los teclados de los ordenadores. En 1991, la Comunidad Económica Europea propuso retirarla ya que, como te he contado, esta letra no existe en todo el mundo. Como no era internacional, proponían diseñar teclados sin ese grafema especial. Sin embargo, la RAE emitió un informe ese mismo año alegando que eso atentaría contra el idioma castellano. Dos años más tarde, el gobierno español lanzó un Real Decreto en el que se obligaba a mantener la letra en nuestros teclados. La Unión Europea lo aceptó, asumiendo que se trataba de una singularidad cultural que debía ser preservada.

Menos mal.

Si ya nos cuesta buscar el signo de interrogación de apertura, imagínate lo que habría pasado con esta letra. ¡Acabaríamos escribiendo en mal *español*!

A principios de los 2000, la *eñe*, junto a las tildes y a las diéresis, ya forma parte de los caracteres con los que se puede nombrar un dominio web. Eso sí, de momento pocas extensiones lo permiten: solo las que acaban en *.eu* o pertenecen a ámbitos hispanos (como *.es* o *.cl*, por ejemplo). Por ahora no se puede crear un dominio con *ñ* en páginas web que terminen en *.com* o en *.org*. Tampoco lo permite casi ningún programa de correo electrónico. Así que es una pena que en el correo un apellido como *Peña* tenga que ser, precisamente, *pena*.

Lo cierto es que en este sentido queda mucho por hacer: no todos los procesadores internacionales admiten caracteres especiales y, por eso, muchas páginas web optan por otras nomenclaturas. El ayuntamiento de la ciudad española de Logroño, por ejemplo, no mantiene ese nombre en el dominio, y la *ñ* se ha cambiado por una *n*. Es posible que dentro de unos años, sin embargo, todo haya avanzado y sea más permisivo en este aspecto.

Sería un sueño.

En cualquier caso, queremos tanto a nuestra *ñ* que la hemos convertido en un símbolo. Tenemos el proyecto Generación Ñ, que promueve encuentros entre literatos. Hay varios logos que incorporan esta letra: la CNN en español o la Asociación Nacional de Periodistas Hispanos. Y, por supuesto, contamos con el Instituto Cervantes, que promueve la enseñanza, el uso y el aprendizaje del español: su logotipo juega con la semejanza con esa letra ya que incluye la virgulilla.

No me digas que no cuidamos a nuestra *eñe*.

Es nuestra niña mimada.

1.4 UNA LETRA MUDA

Tener una letra que no suena. Vaya ocurrencia.

Bueno, para ser sincera, te diré que la letra *h* a veces sí suena. Pero de eso hablaremos un poco más adelante. De momento, quedémonos con la *hache* muda.

Si has leído el capítulo 1.1 sabes que esta letra la heredamos directamente del latín. No la inventamos después: los romanos ya la incluían en su abecedario. Pero entonces tenía más sentido, porque en su origen la *h* representaba un sonido aspirado. Una especie de *j* muy suave. En época imperial, sin embargo, ya había desaparecido la aspiración, y no sonaba. Se mantuvo, no obstante, su reflejo en la escritura.

¿Que por qué los latinos lo mantuvieron, y en castellano lo hemos heredado? Pues hay varias razones, pero el que prima es el criterio etimológico. Es decir, respetar la escritura de las palabras

tal y como nos llegaron. De hecho, en la Edad Media muchas palabras perdieron la *hache* en la escritura, como *omne* u *onor*. Entre los siglos XVIII y XIX se repuso, y por eso hoy escribimos *hombre* y *honor*. Y se restableció porque eran palabras latinas que tenían esa letra inicial. Por eso conservamos con su *h* inicial términos como *hiedra* (del latín *hedĕra*) u *hoy* (de *hodie*).

Las palabras latinas que presentaban una *h* intercalada nos han llegado con ella, sin modificaciones: *anhelāre* dio nuestro *anhelar*; *exhibir* viene de la voz *exhibĕre* o *vehementia*, del latín *vehementia*. Fuimos muy respetuosos con la escritura de las palabras latinas, y no es para menos: ¡es que se trata de nuestro origen!

Pero te contaré algo: a veces le hemos puesto *hache* a palabras que en latín no la llevaban. Toma ya. Eso pasó, entre otras, con *hinchar* (en latín era *inflāre* [si alguna vez has confundido *hinchar* e *inflar* y has puesto *hache* en la palabra equivocada, que sepas que el *lío* viene de aquí]).

Pero hay muchos más ejemplos. ¿No te has preguntado nunca por qué decimos *óseo* cuando nos referimos a los *huesos*? ¿Por qué una lleva *hache* y la otra no? En latín la palabra originaria era *os*, *ossis*, cuyo acusativo, *ossim*, después se convirtió en *ossum*. Sin *hache*, como ves. En castellano, sin embargo, esa *o* inicial evolucionó hasta convertirse en el diptongo /ue/: *ueso*. En el capítulo 1.1 te cuento que en latín la letra *u* tenía valor tanto consonántico como vocálico, y que no fue hasta los siglos XVI-XVII cuando apareció la *v*. Es decir, que en estos momentos de la historia, la *u* tenía dos valores. Así que la escritura de *ueso* daba lugar a confusión, ya que podía leerse o como /uéso/ o como /béso/.

¿Qué solución se tomó en aquel momento? Exacto: añadir una *h* inicial siempre que la *u* tuviera valor vocálico. Así no había líos. Vamos, que nos inventamos una *hache* que no existía, pero lo hicimos para aclararnos y para facilitar la lectura. Esto mismo sucedió con palabras como *hueco* (relacionada con *oquedad*), *huérfano* (*orfanato*) o *huevo* (*ovalado*).



La razón de que palabras como *osario*, *orfandad*, *oquedad* u *ovario* no hayan evolucionado hasta convertirse, por ejemplo, en [⊗]*huesario* tiene que ver con los acentos latinos. En latín, la vocal inicial de *ossum* era tónica, pero la de *ossarium* era átona. Por eso, la primera evolucionó a /ue/ (*hueso*), pero la segunda se mantuvo sin diptongar, como *osario*.

En otras ocasiones, la *h* sustituyó a otras letras iniciales de palabras. Por ejemplo, la *g*. Pasó con *hermano*, cuyo origen es *germānus* (que, por cierto, viene de *germen*, ‘brote’: bonita etimología, no me digas que no). O con *helar*, que deriva de *gelāre*.

Aunque el caso más frecuente es el de la *h* como sustituta de la *f* inicial de muchas palabras latinas. Por ejemplo: *hacer* viene de *facēre*, *herramienta* de *ferramenta* (y esta, de *ferrum*, ‘hierro’: otro ejemplo de *f* sustituida por *h*) o *hijo* de *filius*. Los ejemplos son innumerables. Esta sustitución de *f* por *h* sucedió en época medieval, y se expandió, en la Reconquista, desde el norte de la península ibérica; concretamente, desde los territorios que limitaban con el vasco. Allí, ciertas palabras latinas que comenzaban por *f* empezaron a presentar un sonido inicial aspirado, y eso creó mucha confusión: si no sonaba a *f*, ¿cómo iba a transcribirse con esa letra? Y la solución fue sustituirla por una *h*. Durante mucho tiempo convivieron *f* y *h* para representar gráficamente ese sonido aspirado, hasta que se quedó solo la segunda. A partir del siglo xvi, el sonido aspirado fue perdiéndose en casi todos los territorios, y la *h* dejó de sonar en estas palabras.

Vamos, que nos encariñamos con la *hache*. Que nos gustó tanto esa herencia latina que incluso la escribimos para palabras que no la llevaban. La usamos un poco como «letra comodín». Pero es que nos pareció útil recurrir a ella.

No todas las palabras que tenemos en español vienen del latín, ya lo sabes. Algunas, por ejemplo, derivan del griego. Este

idioma no tenía *h*, pero sí una cosa que se llamaba *espíritu áspero*. No, no es que los griegos fueran unos secos. Así se nombraba a un acento gráfico que se escribía más o menos como este: ‘. Se situaba encima de algunas vocales para indicar que estas tenían que pronunciarse un poco aspiradas. Como en latín no existía ese signo, cuando los romanos tomaron palabras griegas que lo llevaban, lo que hicieron fue cambiarlo por una *h*, que pronto dejó de aspirarse en la pronunciación. Y por eso hoy escribimos con *h* inicial elementos compositivos de origen griego como *halo-* (*halógeno*), *hemi-* (*hemiciclo*), *hetero-* (*heterogéneo*), *hiper-* (*hipermercado*) u *homo-* (*homosexual*).

También tenemos palabras árabes que nos llegaron con *h*, como *alcohol*, *almohada* o *rehén*. O hebreas, como *Jehová*. O francesas, como *hotel* o *higiene*. O inglesas, como *hamburguesa*. E incluso japonesas, como *harakiri*. En castellano, la *h* no suena en ningún caso, aunque en las lenguas de origen sí lo pueda hacer.

Así que eso de mantener la *h* en nuestro idioma no es «una ocurrencia», como bromeé al inicio del capítulo. Es que no solo el latín, sino muchas otras lenguas la tienen, y los hispanohablantes la mantenemos. Y, en el fondo, yo creo que nos gusta. Venga, confíésalo: a ti también te está gustando esta letra.

Aunque es verdad que en algunos casos el grafema sí ha desaparecido a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en latín al cuerno se le llamaba *hasta*, pero en español escribimos *asta* (sin embargo, la preposición *hasta*, que viene del árabe *hattá*, mantiene la *h*-). O *endecasílabo*, que en su origen tenía *h* inicial. Y, más recientemente, es lo que sucede con palabras como *armonía* o *arpa*: aunque con *h* están aceptadas, ya se usan muy poco. Es decir, que a veces (pocas) hemos perdido la letra muda, precisamente por serlo.



Hay casos en los que podemos poner *h* o no, porque las dos formas son válidas: *hala*, *ala*, *hale*, *ale*, *ey*, *hey* o *uy*, *huy*.

En otros momentos debemos saber qué estamos escribiendo: *hay*, *ay* y *ahí*; *a ver* y *haber* o *hecho* y *echo*. Hay gente que confunde estos elementos y, en consecuencia, los escribe erróneamente. Si dudas, solo tienes que ir al diccionario (no tienes que irte muy lejos: lo encuentras en tu móvil si tienes conexión a internet, en www.rae.es) para escribir bien cada expresión.

Pero, como te adelanté al comienzo del capítulo, no es cierto eso de que la *hache* siempre sea muda. Ya has visto que, a lo largo de la historia y en distintos lugares, se ha materializado a veces como un sonido aspirado. Es verdad que en español hay menos ejemplos de *hache* aspirada o, mejor dicho, es una pronunciación que aparece solo (o sobre todo) en determinadas áreas geográficas. En algunas zonas de Hispanoamérica o de España se pronuncian ciertas palabras con *h* sonora.

Por ejemplo, los andaluces aspiraban la *h* en la palabra *huelga* y eso dio lugar a *juerga* (además, como ves, la *l* se convirtió en una *r*; este fenómeno es muy frecuente: se llama rotacismo y de él hablamos un poquito más en el capítulo 2.9). A estos hablantes también les debemos el *cante jondo*, que es un cantar *hondo*. Como ves, la aspiración de la *h* ha hecho que algunas palabras se escriban ya directamente con *j*-. Otros ejemplos son *jaleo* (que viene de la interjección *hale*), *jarapa* (de *harapo*) o *jalar*, que puede escribirse también *halar* en algunas zonas americanas.

Hay palabras en las que sí pronunciamos, de manera generalizada, la *h* aspirada, porque así la recibimos de la lengua de origen. Te he contado que tenemos muchos términos árabes con *h*, y en algunos sí la pronunciamos, como en *dírham* o en *hachís*. También suena la *hache* de la palabra *hámster*, que recibimos del alemán; del inglés, *hándicap*; o el *haiku* japonés.

Esta es la historia de nuestra *hache*, y de por qué la conservamos. La mantenemos porque perderla sería horrible; porque no somos de *hielo* y esa letra nos *hechiza*; porque, admitámoslo, es hermosa.